

INTRODUCCIÓN

Carlos Caballero Jurado

La historia registra tantas aparentes paradojas, que a veces uno se siente tentado de afirmar que todo es una paradoja. Pero, en realidad quizás no haya tantas cosas que sean tales paradojas, y lo que pasa es que nos engañamos sobre el sentido último de esas cosas, de esas ideas, de esos hechos históricos. Por ejemplo: ¿es una paradoja que el comunismo, que iba a acabar con el ejército y las cárceles, creara de hecho las más extensas y pobladas redes carcelarias y pusiera en pie los más gigantescos y agresivos ejércitos? ¿O lo que ocurrió al final fue una consecuencia absolutamente inevitable de esas ideas?

Durante años y años, y a partir de unas grotescas afirmaciones de Engels sobre que el Estado desaparecería en cuanto se aboliera la propiedad privada y se construyera el socialismo, contenidas en su obra *“El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado”*, los teóricos marxistas se lanzaron en tropel a repetir divagaciones análogas. Quizás nadie llegó tan lejos como Lenin, que en su obra clásica *“El Estado y la Revolución”*, publicada allá por septiembre de 1917, tan solo unas semanas antes de que asaltara violentamente el poder con sus secuaces armados, aseguraba que con el triunfo del comunismo se acabaría finalmente aquella *“máquina especial de coerción que se llama Estado”*. Escribía Lenin que: *“El Estado es el producto y la manifestación del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase. El Estado surge en el sitio, en el momento y en el grado en que las contradicciones de clase no puede, objetivamente, conciliarse”*¹. Desde luego, Lenin creía en la idea nefasta difundida por Marx de la necesaria *“dictadura del proletariado”*, pero esta no tenía que ser duradera, ya que su función iba a ser tan solo la de acabar con la burguesía. *“Cuando el Estado se convierta finalmente en representante efectivo de toda la sociedad, será por sí mismo superfluo. Cuando ya no exista ninguna clase social a la que haya que mantener en la opresión; cuando desaparezcan, junto con la dominación de clase, junto con la lucha por la existencia individual, engendrada por la actual anarquía de la producción, los choques y los excesos resultantes de esta lucha, no habrá ya nada que reprimir ni hará falta, por tanto, esa fuerza especial de represión, el Estado”*². Ya no habría ni jueces, ni policías, ni carceleros, ni militares, entre otras muchas cosas, por referirnos solo al aspecto más represivo del Estado. En cuanto se acabase con el poder de la burguesía, con la propiedad privada, nada de esto haría falta ya. *“El Estado no será abolido: se extingue”*, afirmaba Lenin, que como profeta demostró tener la misma fiabilidad que Marx: ninguna.

Muy poco después de sacar de la imprenta el libro que contenía tales afirmaciones, Lenin lanzó a sus seguidores a asaltar las instituciones que simbolizaban ese poder estatal, en la absurdamente llamada Gran Revolución de Octubre, que nunca fue tal, sino un golpe de Estado de una minoría armada. Y no contra el zar, que hacía meses que ya no pintaba nada, sino contra una República perfectamente democrática y parlamentaria, donde quienes gobernaban eran los miembros del Partido Socialista Revolucionario (por sus

¹ LENIN. *El estado y la revolución*. Editorial Ayuso. Madrid, 1975. Ver pág. 7.

² Idem. Pág. 19

siglas, SR, se les conocía como *eseritas*). Como ese gobierno había organizado elecciones a una Asamblea Constituyente, los bolcheviques de Lenin, recién encaramados en el poder, no se atrevieron a prohibirlas. Eso sí, cuando Lenin y sus secuaces vieron –una vez celebradas– que en ellas solo habían obtenido una minoría de votos, volvieron a usar las armas para –por la violencia, otra vez– disolver la Asamblea en su sesión constitutiva. Nunca hubo una revolución popular para establecer el comunismo, hubo bandas de matones armados que usaron toda la violencia necesaria para hacerse con el poder, y para mantenerse en él.

Para lograrlo tuvieron que dar un paso previo: lograr que el ejército zarista se disolviera, como así ocurrió. No es este el momento de narrar ese proceso. El caso es que eso fue lo que sucedió. Cuando los bolcheviques tomaron los resortes del poder, el ejército ruso ya no existía como tal. Que en el primer Consejo de Comisarios del Pueblo, el *Sovnarkom*, el encargado de los temas militares tuviera la modesta graduación de alférez no era casualidad. ¿Para qué más, si no se iba a necesitar un ejército? La profecía de Lenin, formulada apenas meses atrás, parecía estar iniciando su materialización. Después de todo el lema propagandístico que había atraído a más gente en apoyo de los bolcheviques no era otro que el de la “Paz”, paz inmediata, y a cualquier precio. Esa era la gran diferencia con respecto a los Socialistas Revolucionarios, los *eseritas*, que creían que Rusia debía seguir luchando junto a los Aliados en la Gran Guerra, una postura que le iba a costar a Kerensky el ser expulsado del poder, sin que nadie se moviera para defenderlo. Ni la autodeterminación, ni el reparto de tierras: los lemas sobre la consecución de una “Paz Inmediata” fueron los principales elementos de la propaganda bolchevique, los que más gente atrajeron a sus filas. Y, ya en el poder, parecieron aceptar cualquier precio (incluso en insoportablemente humillante Tratado de Brest Litovsk) con tal de mantener esa tan ansiada “Paz”. Pero como los rusos no tenían porque aceptar que una banda de matones se hiciera con el poder, inevitablemente muchos se alzaron en armas contra los bolcheviques, dando lugar a que se produjera una larga y cruel Guerra Civil, de la que desde luego solo hay unos responsables: quienes habían asaltado con las armas el poder y querían mantenerse en él usando las más altas cotas de violencia. Y no hablo por hablar. Siempre se citan los mismos decretos de Lenin, el del reparto de tierras, el del derecho de autodeterminación, etc., mientras que se deja en el más completo de los olvidos el Decreto sobre el Terror Rojo, publicado exactamente con esa denominación en el “*Izvestia*” de 10 de septiembre de 1918.

Habiendo prometido la paz y el fin de los ejércitos, sin embargo, como todos sabemos, para ganar la Guerra Civil en la que había sumido a Rusia, el nuevo poder comunista soviético iba a crear en realidad la más grande y poderosa maquinaria militar que jamás haya existido en el suelo del Occidente de Eurasia: el Ejército Rojo de los Obreros y los Campesinos, bautizado más asépticamente muchos años después como Ejército Soviético. Su tamaño, sin embargo, acabaría pareciendo modesto al compararlo con el del que se creó para emularlo al otro extremo del continente euroasiático: el Ejército Popular de Liberación del régimen comunista chino.

Y así ha sido en todos los regímenes comunistas que han existido... y que existen. Es posible que no exista hoy un país más patético que Corea del Norte, donde una dinastía de feroces dictadores, iniciada con Kim-il-Sung, que llegó al poder en 1948, sigue

gobernando, ahora personificada en su nieto. Cuesta trabajo creer que Corea del Norte, un país donde la gente muere literalmente de hambre, tiene sin embargo el quinto ejército más numeroso del mundo (tras China, India, Rusia y Estados Unidos) y está perfectamente pertrechada con armas atómicas y misiles balísticos intercontinentales. Pero lo que ocurre en Corea del Norte no es nada casual: es la lógica de los regímenes comunistas.

¿Es una paradoja que los comunistas que iban a acabar con los ejércitos hayan creado los más grandes y mejor pertrechados? En absoluto. A mi modo de ver no es ninguna paradoja, sino una consecuencia directa y exacta del marxismo. ¡Si hasta se da el hecho que esos ejércitos comunistas desfilan con una marcialidad que hace parecer como patosos a los soldados prusianos de los mejores tiempos del II y el III Reich! Hay que dejar de ver como una desafortunada casualidad, o una desdichada desviación, lo que es en realidad una estricta consecuencia.

Ocurre lo mismo con los mecanismos represivos directos, con las policías y los sistemas carcelarios. Todos los regímenes comunistas –y los afines- se han pertrechado con extensas policías políticas y gigantescos complejos de campos de concentración, y han practicado las matanzas masivas. Cuando a lo que venían era, según la teoría, a liberar a los seres humanos de la opresión y de la miseria. ¿Es otra paradoja? ¿Y no son demasiadas paradojas? Sí, por desgracia seguimos asistiendo en cada generación a la aparición de toda una caterva de supuestos intelectuales, que afirman que las ideas socialistas, comunistas, marxistas, eran buenas, aunque a veces se hayan aplicado mal. Esa es la supuesta paradoja que algunos creen que sucede.

Pero no se trata de que buenas ideas se hayan aplicado mal. De lo que se trata es de que las tesis marxistas son inaplicables a la realidad, no funcionan nunca y de ninguna manera. Y por ello, quienes las tratan de imponer deben buscar alguna causa -ajena a la idea misma- que explique el hecho del fracaso inherente a su puesta en práctica. Se buscan “culpables”, nunca explicaciones. Y esos culpables son siempre terribles enemigos, internos y externos, que amenazan la puesta en pie de los “paraísos socialistas” prometidos. Los enemigos internos son, en un primer momento, los “enemigos de clase” y los “enemigos ideológicos”. Pero una vez se les ha liquidado con mayor o menor brutalidad, como el comunismo sigue sin poder concretarse en nada, hay que seguir buscando enemigos, y entonces es cuando aparecen todos esos fenómenos como el “trotskismo”: el descubrimiento de “enemigos infiltrados”, que no lo parecían en principio, y que por ello resultaban ser los más peligrosos. De ahí que las purgas sean inherentes a los regímenes comunistas. Y de ahí que sus aparatos policiales hayan sido espectacularmente masivos y terriblemente crueles.

Pero no menos necesarios son los enemigos externos. Las potencias que, según parece, no tienen otro empeño que el de ahogar en sangre las supuestamente maravillosas experiencias comunistas son infinitas y tenaces. Da lo mismo que estas experiencias se hayan puesto en marcha en países casi diríamos que inconquistables por tener el tamaño de grandes continentes –como la Unión Soviética-, o por estar tan abrumadoramente poblados -como China- que nadie podría someterlos o, por el contrario, pequeñas islas caribeñas, o diminutas penínsulas olvidadas de Asia en las que nadie tiene el menor interés. De creer a sus propagandistas, todos los regímenes comunistas, sea cual sea su

marco geográfico, “se han visto obligados” a armarse hasta los dientes. Porque, ni que decir tiene, siempre han sido ellos los atacados. Una pléyade de historiadores, devotos seguidores de las ideas marxistas, se encargan de escribir una versión de los hechos en las que el movimiento comunista que intenta establecerse de modo apacible en tal o cual rincón del mundo es arteramente atacado, se ve forzado a defenderse y armarse hasta los dientes, siempre –claro- con el objetivo de “defender los logros del socialismo”.

Y, ya puestos, dado que en vez de abolir los ejércitos los hacen de un tamaño colosal y le ofrecen toda la riqueza de las respectivas naciones para que no les falte de nada en su arsenal, los regímenes comunistas instauran un culto al Ejército como no se ha visto ni en los países históricamente dominados por castas militaristas. Cualquiera de mis lectores, con una breve consulta a Internet, encontrará imágenes de desfiles de soldados soviéticos, chinos o norcoreanos que, literalmente, producen alucinaciones al espectador que lo que en ellos puede ver es la más perfecta geometría, el más logrado sincronismo, la marcialidad llevada a su grado máximo. El nuevo modelo de hombre que iba a aparecer en las sociedades comunistas nadie llegó a verlo, y las imágenes que tenemos de esas sociedades son las de soldados que desfilan como autómatas.

Se puede hacer un curioso experimento. Tras la II Guerra Mundial, Alemania fue partida en dos, la Federal y la Democrática, enfeudada esta última a la URSS. Ambas dispusieron de su propio Ejército. ¿Cuál de ellas, diría el lector, que mantenía más vivas las tradiciones “militaristas” prusianas, cual parecía tener un ejército que estéticamente estaba calcado de la *Wehrmacht* nazi? El lector puede buscar sin dificultad imágenes en Internet. Sin la menor duda, la conclusión a la que llegara es que el Ejército Nacional Popular de la República Democrática alemana era el que más se parecía a la *Wehrmacht*. ¿Consistía en eso el ideal marxista para el ser humano? Pues uno diría de primeras que no, que no podía ser eso. Pero como el ideal marxista de sociedad, el proyecto marxista para el ser humano, son entelequias imposibles de concretar en nada viable, han generado lo que han generado: unas sociedades policiales-militaristas. No se trata de un hecho paradójico, hay que repetirlo, se trata de una consecuencia inevitable que, por eso, se da en todos y cada uno de los casos. La clave del problema está en que Marx definió su pensamiento como estrictamente científico. De hecho, la mayor parte del texto del “*Manifiesto Comunista*” es una larga retahíla de ataques contra todas las restantes corrientes socialistas. Solo él tenía razón. Y lo mismos han pensado siempre sus seguidores, que se las dan de tan científicos como Marx. Pero la tozuda realidad se ha negado a cumplir las previsiones “científicas” de Marx, así que para tratar de ahorrar las realidades a las quimeras marxistas nunca ha habido otro recurso que la violencia y el terror.

El *Sovnarkom*, que tanta prisa se había dado en finiquitar al viejo Ejército Zarista, tardó muy poco en crear el nuevo Ejército Rojo de los Obreros y los Campesinos. ¡Había que librar una Guerra Civil!, dirán algunos para justificarlo. También se podía haber combatido a los enemigos con métodos políticos, con la subversión, con la agitación de masas, pero no: se creó el Ejército Rojo. Que ganó la Guerra Civil, a sangre y fuego. Los bolcheviques rusos iban a tardar bastante en ir estructurando la sociedad rusa según sus ideas económicas comunistas, y de hecho por un momento hasta volvieron a la propiedad

privada –con la famosa Nueva Política Económica, la NEP- pero, frente a sus dudas en lo económico, ¿con qué rapidez y eficacia crearon el Ejército Rojo!

Tras aquella Guerra Civil, que en todos los aspectos resultó para Rusia más dañina que lo que había sido su participación en la I Guerra Mundial, contra la que Lenin había bramado, empezó la construcción del socialismo, en la reconquistada paz. En la mayor parte de Europa el tronar de las armas que se había iniciado en agosto de 1914, acabó en noviembre de 1918. En cambio, la victoria bolchevique en Rusia logró que en su castigado suelo los ejércitos siguieran guerreando hasta 1921 (hasta 1923, si consideramos el escenario del Asia Central).

La Europa de la postguerra tardó muchísimo en superar los traumas de la Gran Guerra. El pacifismo se impuso como ideología en las masas y era casi universalmente seguido por intelectuales y artistas. Por otra parte, acabada la Guerra Civil rusa, nadie pensaba en atacar a la URSS, y menos que nadie una Alemania reducida al nivel de estado paria.

Era de esperar que la Unión Soviética se uniera a ese pacifismo. No fue así. De hecho, iba a lanzarse a una carrera armamentista.

Cuando Lenin murió, enseguida empezó una feroz lucha por el poder. Uno de sus protagonistas fue Stalin. El 26 de enero de 1924 pronunció el discurso “*Con motivo de la muerte de Lenin*” ante sus camaradas, con unas afirmaciones muy significativas: “*Nosotros formamos el ejército del gran estratega proletario, el ejército del camarada Lenin. No hay nada más alto que el honor de pertenecer a este ejército*”³. Repasó Stalin ante los bolcheviques asistentes la herencia leninista, y subrayó sus elementos más valiosos: la dictadura del proletariado y el todopoderoso Partido Comunista que la ejercía; la alianza entre el proletariado y el campesinado; y un tercer elemento, que no era otro que el Ejército Rojo: “*La tercera base de la dictadura del proletariado reside en nuestro Ejército Rojo y en nuestra Flota Roja. Más de una vez nos repitió Lenin que la tregua que hemos arrancado a los Estados capitalistas puede ser de corta duración. Lenin nos indicó reiteradas veces que el fortalecimiento del Ejército Rojo y su perfeccionamiento constituyen una de las tareas más importantes de nuestro Partido. Juremos, pues, camaradas, que no escatimaremos fuerzas para robustecer nuestro Ejército Rojo y nuestra Flota Roja*”⁴.

Pero no se trataba de defender la patria proletaria. El objetivo era extender el comunismo a nivel planetario y, en el mismo discurso, Stalin aseguraba: “*Lenin nunca consideró a la República de los Soviets un fin en sí. Siempre la consideró un eslabón indispensable para reforzar el movimiento revolucionario en los países del Occidente y del Oriente, un eslabón indispensable para facilitar la victoria de los trabajadores del mundo entero sobre el capital*”⁵.

El fortalecimiento al máximo del Ejército Rojo era indispensable porque, en el análisis que hacía Stalin, una nueva guerra a escala planetaria sería inevitable: “*La guerra es inevitable bajo el imperialismo e inevitable la coalición de la revolución proletaria de Europa con la revolución colonial del Oriente en un solo frente mundial revolucionario*

³ STALIN, Josif. *Los Fundamentos del Leninismo*. Editorial Grijalbo, México, 1970. Ver Pág. 9.

⁴ Idem. Pág. 13.

⁵ Idem. Pág.

contra el frente mundial del imperialismo”⁶. En ese momento decisivo, el Ejército Rojo saldría de sus fronteras soviéticas para dar el asalto final al decadente capitalismo imperialista. Y todo esto, recordemos que ya está escrito en 1924. Cuando a Hitler no lo conocía nadie más allá de los límites de Baviera, Stalin ya tenía claro que iba a dotar a la URSS de la más poderosa máquina militar que se pudiera imaginar.

Dos temas habían sido los ejes sobre los que los aspirantes a suceder a Lenin habían debatido: ¿tratar de seguir exportando la revolución desde Rusia al resto del mundo o concentrarse en consolidar el régimen comunista en Rusia?, y ¿cómo realizar la industrialización? Kamenev, Zinoviev, Bujarin, Trotsky, Stalin, mantuvieron agrios debates al respecto. Y Stalin se impuso. Ya sabemos cuál fue el final de los demás: Kamenev y Zinoviev fueron ejecutados en 1936, Bujarin en 1938 y Trotsky en 1940. No piense el lector que me estoy desviando del tema del libro de Nikulin. Si a Stalin no le importaba ordenar el asesinato de toda la vieja guardia bolchevique, ¿por qué le iba a temblar el pulso a la hora de mandar a la muerte a millones de soldados rusos?

Stalin tomó dos decisiones claras tras esta lucha por el poder. La primera, la de concentrarse en la “construcción del socialismo” en Rusia, en vez de fijarse como objetivo prioritario la “exportación” de la “revolución” mediante la agitación política y la subversión. Y la segunda fue la de acometer con carácter de urgencia extremada la industrialización.

Desde que había aparecido en el horizonte humano, la industrialización se había hecho con los tremendos costes humanos que exigía lo que los economistas llaman “la acumulación primitiva de capitales”. La industria exige una movilización inmensa de capitales, que solo se pueden obtener mediante dos dolorosos procesos: extrayendo del mundo rural la “renta agraria”, y explotando a la mano de obra de la naciente industria en el mayor grado imaginable, para concentrar todo el capital en la reinversión, sin dilapidarlo en pagar buenos sueldos. En todos los países que se habían industrializado, una serie de reformas legales acabaron previamente con el viejo mundo rural: sacaron de él a los campesinos, para llevarlos como mano de obra barata a las industrias; sacaron de él la producción, para alimentar a las ciudades; y –sobre todo- sacaron de él la renta campesina, que fue trasferida a la industria. Pero en los países europeos industrializados ese proceso se realizó a lo largo de muchas décadas, prácticamente a lo largo de un siglo. Stalin ordenó que en la Rusia soviética el proceso se hiciera en un puñado de años, decretando la colectivización forzosa de las tierras. Las nuevas granjas colectivas en las que se incluyó a todo el campesinado, solo podían comprar los productos que necesitaban (fertilizantes, semillas, maquinaria, etc.) al Estado, que cobraba precios desorbitados. Y solo podían vender sus productos al Estado, que los compraba por precios ridículos. Por ese expeditivo sistema la renta agraria debía haber fluido en masa del campo a la ciudad. Lógicamente el campesinado no aceptó. Stalin venció su resistencia mediante dos pasos; el primero fue la llamada “deskulakización”, en la que aniquiló a los *Kulaks*, los catalogados como campesinos acomodados (en realidad, los campesinos más emprendedores; no eran terratenientes hereditarios ni nada que se le pareciera). Aparte de muchísimos asesinatos, en este caso se recurrió sobre todo a la deportación en masa de

⁶ Idem. Pág. 50.

casi dos millones de ellos. El segundo paso fue más terrible, y se aplicó a los campesinos humildes: las hambrunas provocadas, que hoy conocemos como el “*Holodomor*”: la inmensa matanza por hambre de seis millones de seres humanos. Las fuerzas de seguridad, con el concurso del Ejército y de los activistas del Partido Comunista saquearon las aldeas para llevarse todo el grano, y después impidieron que sus habitantes pudieran salir. Así fue como se mató de hambre a los campesinos, y desde luego también a sus mujeres y a sus hijos. El resultado cabe imaginarlo: nadie se atrevió ya a resistirse a la colectivización de las tierras.

Vasili Grossman fue, durante el curso de la II Guerra Mundial, uno de los más famosos periodistas militares del Ejército Rojo. Comunista hasta el último pliegue de su alma y proveniente de una familia judía –exterminada por los ocupantes alemanes- nadie ni remotamente puede atreverse a calificarlo como “nazi” o algo similar. Muerto Stalin escribió una obra, “*Todo fluye*”, donde trató de describir todo el horror de aquella colectivización de las tierras. En ella se preguntaba: “¿*Quién firmó aquel asesinato en masa?*” Su estupor se debía a que “*Una orden así no se había dado nunca desde que existe Rusia. Una orden así no la había firmado nunca el zar, ni los tártaros, ni los ocupantes alemanes. Una orden que decía: matar de hambre a los campesinos de Ucrania, del Don, del Kubán, matarlos a ellos y a sus hijos*”⁷. La orden la había dado Stalin, claro. Pero no se habría podido cumplir sin la entusiasta colaboración de cientos de miles de comunistas emborrachados de lecturas marxistas, en las que el campesinado siempre es descrito en términos negativos, como clase socialmente reaccionaria por su apego a la propiedad privada.

Sigo sin apartarme del tema de este libro, aunque pueda parecerlo. A Stalin no le tembló el pulso a la hora de mandar a la muerte más atroz (¿hay algo peor que morir por hambre?) a millones de sencillos campesinos. ¿Por qué iba a temblarle a la hora de mandar a la muerte a millones de soldados rusos?

Una de las razones por las que los campesinos rechazaban la colectivización era porque con lo poco que les pagaba el estado por sus cosechas, además no podían comprar nada. Stalin había sustituido el juego de la oferta y la demanda por la planificación, de manera que se creaban las industrias que él estimaba necesarias. Y todo el esfuerzo se concentró en la creación de industria pesada. La URSS pasó a ser una gigantesca productora de carbón, acero, electricidad, metales. Lo que no producía era ni ropa, ni calzado. Tan desorbitada producción de lo que se llama “bienes de equipo” permitió producir, eso sí, ingentes cantidades de cañones, tanques, aviones, etc. A la altura del inicio de la II Guerra Mundial la fabricación de bienes de consumo seguía siendo raquítica, pero no había ni un solo país en el mundo que superase a la URSS en sus arsenales. La militarista y agresiva Alemania nazi no alcanzaba ni remotamente cifras análogas a las de las armas a disposición del Ejército Rojo. Si se hubiese tratado de generar una capacidad militar adecuada para la defensa, el gasto en armamento y equipo no hubiese sido tan elevado, pero el objetivo del Ejército Rojo nunca fue la defensa sino –como acabamos de ver que dijo Stalin- conformar la maquinaria militar necesaria “*para facilitar la victoria de los trabajadores del mundo entero sobre el capital*”.

⁷ GROSSMAN, Vasili. *Todo fluye*. Galaxia Gutenberg – De Bolsillo. Barcelona, 2010. Ver pág. 171

El campesinado había sido asesinado en masa. El proletariado soviético malvivía con sueldos de miseria que no compensaban los esfuerzos que se le exigían (también ellos eran víctimas del proceso de acumulación de capital inherentes a las fases de industrialización). Pero como no había nada que comprar en las vacías tiendas, los ahorros generados se debían depositar en los bancos, todos ellos de propiedad estatal, que captaba así más fondos para invertir en armas y pertrechos. Durante décadas, decenas de historiadores se han quedado embelesados viendo el tremendo crecimiento industrial de los Planes Quinquenales soviéticos, contemporáneo a la gran Crisis del 29, que parecía que iba a poner punto final al capitalismo. Muy pocos, por no decir ninguno, se pararon a contarle a sus lectores a que se dedicaba ese crecimiento industrial. Solo muy recientemente, algunos historiadores de izquierdas han reconocido que el objetivo de la industrialización no fue alcanzar mayores cotas de bienestar, sino más poder militar, y así por ejemplo Carlos Taibo escribió poco después de que la URSS colapsara: “*Con la instauración del Plan Quinquenal de 1928 se hizo valer un programa de desarrollo militar cuya duración fue también de cinco años. En 1927 Voroshilov había señalado que el principal objetivo del plan no era otro que “el fortalecimiento técnico del ejército, hasta situarlo en un nivel parejo al de los ejércitos contemporáneos de primera clase”. Se inició entonces un proceso, que ha llegado hasta nuestros días, de despliegue simultáneo de la industria y de las fuerzas armadas. Estas empezaron a verse beneficiadas por las nuevas capacidades de una industria pesada que producía de forma masiva tanques, piezas de artillería y aviones (...) Si en 1930-1931 la producción media anual de aviones, carros de combate y piezas de artillería era de 860, 740 y 1.911 respectivamente, en 1935-1937 las cifras correspondientes se situaban en 3.578, 3.139 y 5.020; a finales de los treinta, algo más de tres millones de personas trabajaban en la industria militar*”⁸. Ruego al lector que se fije y mucho en las fechas, porque de creer a algunos apologistas del régimen soviético, su frenesí armamentista se debía al peligro que suponía la Alemania nazi. Pero, ¿qué peligro suponía Hitler en 1927? En esas fechas, la realidad era que la URSS y la República de Weimar habían llegado a acuerdos secretos en virtud de la cual militares alemanes instruían a personal del Ejército Rojo a cambio de permitir el uso de instalaciones donde los germanos pudieran ensayar la guerra aérea y con carros de combate.

Ya en 1919 el Ejército Rojo había creado un comité para adquirir tecnología para fabricar carros de combate y en 1924 empezaron a desarrollar modelos propios. Tras hacerse con buenas dosis de tecnología occidental, fundamentalmente median te comprar a la firma Vickers (¡y eso que debía ser el socialismo el que desarrollara las fuerzas productivas!) en los años 1930 ya se produjeron a gran escala modelos realmente avanzados. Del T-26, el mejor carro de combate del mundo cuando apareció, se fabricó la asombrosa cifra de

⁸ TAIBO, Carlos. *Las Fuerzas Armadas en la crisis del sistema soviético*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 1993. Ver pág. 17. Para este autor, el tremendo esfuerzo económico que hacía la URSS en potenciar su aparato militar fue una de las causas que ayudaron a su descomposición, ya que se insertaban en el marco de una economía caracterizada por su incapacidad para generar unas cotas mínimas de bienestar a la población: “*La dimensión que adquirió el sector militar fue sin duda un elemento acelerador de la crisis económica y social de los últimos decenios; no fue, sin embargo, su causa directa, que debe buscarse más bien en un modelo específico de acumulación y en una peculiar estructura de las fuerzas productivas*”. Ídem. Pág. 82.

12.000 unidades. No menos revelador de la pasión innovadora de los militares soviéticos fue que se dotaran de los primeros carros de combate con capacidad anfibia y aerotransportables. Nada debía detener el avance del Ejército Rojo de los Obreros y Campesinos.

Ver rodar a los tanques por la Plaza Roja, mientras que la sobrevolaban flotas aéreas, se convirtió en la manera de celebrar la “Gran Revolución de Octubre”: el Ejército Rojo era su más brillante resultado⁹. Otra de las sandeces del marxismo era afirmar que, una vez abolida la propiedad privada, nada impediría el libre desarrollo de las fuerzas productivas, y por tanto se entraría en una época de vertiginoso avance tecnológico. Las rugientes máquinas guerreras terrestres y aéreas que cada año escenificaban en Moscú el triunfo bolchevique de 1917 parecían ser la mejor demostración de que aquello era cierto. Rusia había dado un salto tecnológico impresionante en su armamento. Pero aquello no se debía a ninguna consecuencia de la abolición de la propiedad privada, sino a que los comunistas eran capaces de matar a los campesinos y hacer malvivir a los obreros con tal que no le faltaran las mejores armas al Ejército Rojo.

Lo mismo ocurrió en la teoría militar. Los ejércitos tienden a ser ideológicamente conservadores y refractarios a los cambios de doctrina. Pero el Ejército Rojo había nacido para romper con ese mundo tradicional, así que no es extraño que en sus filas surgieran las más modernas ideas sobre la guerra. Las teorías sobre la “batalla en profundidad” elaboradas por los analistas militares soviéticos eran tan o más novedosas que las teorías alemanas sobre la “*Blitzkrieg*”, y como además tenían medios para ponerlas en marcha, fueron ellos los primeros en realizar maniobras a gran escala con masas de carros de combate y lanzamientos de paracaidistas, cuando los alemanes aun andaban jugando con maquetas de cartón piedra para imitar a los tanques que no tenían. Más interesante aún, fue la creación de lo que hoy conocemos como “arte operacional”. Entre las dos grandes áreas de la teoría militar, la estrategia y la táctica, los teóricos soviéticos insertaron el nivel que denominaron operación.

Trataré de explicarlo de manera muy simple. Los alemanes, muy brillantes a nivel táctico gracias a la estupenda instrucción de sus oficiales y tropas, y a la práctica de dejar las decisiones en el choque a los mandos subordinados en campaña, huyendo de las planificaciones detalladas, tenían sin embargo una teoría estratégica por completo desfasada. Seguían obsesionados con la idea de la “batalla decisiva”, con la idea de concentrar sus fuerzas en el “punto de esfuerzo principal” y derrotar a su enemigo de manera rápida en un única y gigantesca batalla. Su modelo seguía siendo la batalla de Cannas. Los soviéticos, analizando muy correctamente lo ocurrido en la I Guerra Mundial, se dieron cuenta de que la batalla decisiva era una quimera en una época en que ejércitos gigantescos desplegaban a lo largo de cientos de kilómetros y con mucha profundidad. Derrotar al enemigo no sería posible más que mediante el encadenamiento de grandes ofensivas, escalonadas pero sucesivas, a lo largo de todo el frente. Una idea que exigía, es obvio, disponer de inmensos arsenales. Los que Stalin había ofrecido al Ejército Rojo de los Obreros y los Campesinos, eso sí, a costa de la vida y el bienestar de

⁹ CABALLERO JURADO, Carlos. *Los 70 años del Ejército Rojo, 1918-1988*. Revista Defensa, Extra Monográfico Núm. 52, diciembre 1998.

los campesinos y los obreros. Tanto los equipos que lo dotaban como las doctrinas que lo inspiraban demuestran a las claras algo: el Ejército Rojo era una máquina ofensiva. Su misión no iba a ser “defender la Patria Socialista”, sino extender el comunismo a nivel mundial.

Los pensadores militares soviéticos siempre estuvieron muy orgullosos de aquellos logros. Vasili Sokolovski, que alcanzó el grado de mariscal al final de la II Guerra Mundial, y después fue jefe de las tropas de ocupación soviéticas en Alemania, a principios de la década de los 1960 elaboró junto a un amplio equipo de oficiales de alto rango un volumen, donde describió la doctrina militar soviética. En él se leía: “*Durante los Panes Quinquenales de preguerra, el Ejército Rojo se había puesto en cabeza en lo relativo a la cantidad y calidad de su armamento, material de combate y nivel de instrucción, y estaba totalmente preparado para combatir en las guerras de entonces. Desde 1934 a 1938, el número de carros de combate casi se triplicó, el número de aviones de combate se multiplicó por 2’3, la artillería aumentó en un 80 % y los efectivos del Ejército Rojo casi de duplicaron. El aumento de los efectivos fue acompañado por un perfeccionamiento de la organización del Ejército Rojo. Mejoró considerablemente la capacidad de choque y fuego de la infantería. (...) Como consecuencia de todo lo anterior, las fuerzas armadas aumentaron cuantitativamente más de 2’5 veces de 1939 a 1940; las fuerzas acorazadas se multiplicaron por 4’8 y las fuerzas aéreas por 2’1*”¹⁰.

Pero los comunistas soviéticos no eran unos militaristas a la vieja usanza. Como militantes políticos que eran, sabían muy bien de la necesidad de contar con el entusiasmo de las masas. Pese a que la vida real en la Unión Soviética era triste, opresiva, dura, una gigantesca máquina propagandista convenció a una parte importante de la población de que vivía en el mejor de los mundos posibles, y que fuera de la URSS un horroroso sistema capitalista y fascista le chupaba la sangre a los trabajadores.

Un sector cultural que los soviéticos potenciaron tremendamente fue el del cine. También en este caso pretendieron demostrar que gracias al socialismo “las fuerzas productivas culturales” más modernas -el cine lo era- tenían más desarrollo que las tradicionales. No era mucho lo que el régimen soviético podía ofrecer a sus vasallos en cuanto a bienestar, pero era capaz de suministrarle propaganda a gran escala y en las ciudades se

¹⁰ SOKOLOVSKY, V. D., y otros. *Estrategia Militar Soviética*. Ediciones Ejército, Madrid, 1981. Ver pág. 189. (La versión en inglés del libro se editó ya en 1963). Haciendo uso de la tradicional verborrea marxista-leninista, en este libro Sokolovsky trató de explicar porque la URSS iba a vencer en el próximo enfrentamiento contra el mundo capitalista. Según él, la II Guerra Mundial no solo no había solucionado las contradicciones en el seno de ese mundo, sino que las había exacerbado, y por ello antes o después habría una guerra, en la que estaba seguro que el comunismo se impondría. Tuvo las mismas dosis de acierto en sus profecías que Marx, que aseguró que el comunismo se implantaría en los países capitalistas más avanzados (los Estados Unidos, Alemania, etc.) cuando solo llegó al poder en países atrasados, rurales; o que Lenin, que aseguró que con los comunistas en el poder, el Estado “se extinguiría”. La realidad que hoy conocemos muy bien es que la URSS fue atronadoramente derrotada en la Guerra Fría, desapareciendo como tal estado, sin que su gigantesco aparato militar que Sokolovsky tanto influyó para que creciera, sirviera para nada. Al implosionar la Unión Soviética, Rusia no solo perdió todas sus conquistas en la II Guerra Mundial (Polonia, Alemania Oriental, Checoslovaquia, Rumania, Hungría y Bulgaria), sino que se proclamaron independientes países que el imperio zarista había mantenido dentro de su imperio durante siglos (Estonia, Letonia, Lituania, Bielorrusia, Ucrania, Armenia, Azerbaijón, Georgia, Kazakstán, Uzbekistán, Tayikistán, Kirguistán y Turkmenistán). ¡Ese fue el resultado de las teorías militaristas defendidas por Sokolovsky!

multiplicaban de manera extraordinaria las salas de cine, mientras que se hacía todo lo posible por llevar este espectáculo también al campo. En 1921 se abrió la primera sala de cine en Moscú, pero en 1923 ya había 90. Como toda la producción cinematográfica había sido nacionalizada ya en 1919, no es difícil imaginar que se veía en las pantallas, que si por algún tiempo proyectaron algunas películas extranjeras, estas acabaron totalmente vetadas.

Más o menos, todo el mundo ha oído hablar de la película de Sergei Eisenstein titulada "*Alexander Nevsky*", de 1938. Un clásico de la historia del cine, como otras del mismo autor. Y todo el mundo sabe que con esa evocación de la derrota de los Caballeros Teutónicos a manos de Nevsky se quiso convencer a la población rusa de la segura victoria sobre una eventual invasión alemana. En realidad, hay una amplia cinematografía soviética destinada a aleccionar a la población sobre una futura guerra y que apareció en la segunda parte de los años 1930. En 1936 se exhibió por vez primera "*La Patria te llama*", de Alexander Macheret. En 1938 fue el turno de: "*La frontera cerrada*" (de Vasili Zhuravlev), "*Incursión en profundidad*" (de Pyotr Malakhov), "*Si la guerra fuera mañana*" (de Yefim Dzigan) y "*En la frontera*" (de Alexander Ivanov). En 1939 se estrenaron: "*Tanquistas*" (de Zinovi Drapkin), "*Base Naval*" (de Vladimir Gonchukov), "*Escuadrón número 5*" (de Abram Room) y "*El cuarto periscopio*" (de Viktor Eisymont). En 1940 fue el turno de "*Marineros*" (de Vladimir Braun) y "*El quinto océano*" (de Isidor Annensky). El cine era casi la única diversión que podían permitirse los vasallos de Stalin. Millones y millones de ciudadanos soviéticos vieron todas estas películas, sobre una guerra que se anunciaba como inminente. En todas ellas el enemigo era presentado como el culmen de la maldad y la sociedad soviética pintada en los tonos más alegres y satisfechos posibles. Las imágenes de Stalin y Vorsoshilov decoran todos los interiores de los edificios, que además son sorprendentemente modernos y funcionales. En casi todas las películas podía identificarse sin problema alguno al enemigo con el III Reich, aunque en alguno la identificación del enemigo es más confusa (japoneses, finlandeses). Todas tienen como centro de atención las armas más modernas: la aviación, los submarinos, los tanques. En todas el enemigo era repelido en cuanto trataba de penetrar en la URSS y en seguida las fuerzas soviéticas se lanzaban al contraataque y vencían aplastantemente. No hay apenas imágenes de muertes propias. En "*El tanquista*", al militar protagonista se le ordena hacer un reconocimiento, pero decide atacar en profundidad, y tras destruir a un enemigo tras otro, llega a Berlín. En "*Si la guerra fuera mañana*" también se llega a Berlín, sobre la que la aviación soviética no lanza bombas, sino panfletos incitando a los proletarios a unirse. Y lo hacen. Pero es llamativo que en las películas no se plantee el tema de que si se ataca a la URSS el proletariado internacional va a ser el que se alce para salvarla: de la salvación de la URSS se encargara del Ejército Rojo que, de paso, liberará a los proletarios de otros países. El mensaje era común: la guerra no se libraría sobre suelo ruso, y el capitalismo y el fascismo serían destruidos, y a bajo precio. Es importante señalar que en las películas, la URSS no era nunca la agresora, sino la agredida. Existía una idea clara de que "atacar" el primero resultaba de alguna manera un factor deslegitimador, por empezar una guerra. Era mejor aparentar que se respondía a una agresión. No se trataba de los guiones de las películas, sino de la idea que tenían los dirigentes soviéticos (y sus conciudadanos que les creyeran)

sobre como iba a ser la guerra. Después de todo, se habían hecho sacrificios sobrehumanos para crear la mayor máquina militar de la historia de Rusia.

Por eso, no puede sorprendernos en absoluto la notable despreocupación con la que Nikulin y sus vecinos leningradeses vivieron los primeros compases de la guerra. O el entusiasmo con el que se alistaron en las unidades de milicias: aquella era una guerra ganada desde antes de empezar.

La guerra iba a ser muy distinta a todo lo previsto. Hitler, convencido de que la URSS estaba habitada por seres racialmente inferiores, eslavos, dirigidos por una minoría judía, llegó a decir que bastaba con pegar una fuerte patada en la puerta para que todo el engendro soviético se desmoronase. Stalin, por su parte, creía que en cuanto el Ejército Rojo se lanzase al ataque, avanzaría arrolladoramente hacia el corazón de Alemania, y llegado el momento todas las masas populares europeas se levantarían para darle la bienvenida y unirse a estas tropas liberadoras. La guerra iba a ser absolutamente distinta a lo que Stalin imaginó, y aunque finalmente el Ejército Rojo se impuso no fue de la manera que se había imaginado. No es este el momento de explicar toda la campaña, ni qué decir tiene. Ya he ofrecido mi visión de los hechos en otros textos¹¹. De lo que se trata es de situar el libro de Nikulin en su contexto.

Hay un consenso general en que la II Guerra Mundial es con diferencia el conflicto bélico que más interesa a la opinión pública. Durante demasiado tiempo, sin embargo, nos hemos dejado embaucar por la idea de que el frente decisivo para derrotar a Alemania fue el occidental (incluyendo el Norte de África), con un papel estelar reservado para norteamericanos y británicos. Pero ya se ha consolidado una visión más objetiva de la realidad: el Frente del Este fue sin duda alguna el decisivo de toda la II Guerra Mundial. Un frente especialmente letal, como veremos.

Pero para comprender lo allí ocurrido tenemos un problema gravísimo, que todo el mundo más o menos sabía, pero que Catherine Merridale expresó de la manera más clara y contundente: todos los libros de veteranos de guerra soviéticos eran censurados, y debían atenerse a la versión oficial, entre otras razones porque todas las casas editoriales y todas las revistas eran propiedad del estado y, por tanto, estaban controladas por el Partido Comunista. Y toda la literatura generada por los propagandistas literarios oficiales del régimen soviético, como Simonov, al que alude Nikulin en su texto, eludía por completo los aspectos más crudos de las batallas. El libro de Merridale, una historiadora muy original por sus enfoques, apareció en inglés en 2006, pero hasta el 2022 no se ha editado en español (“*La Guerra de los Ivanos. El Ejército Rojo, 1939-1945*”).

Sí, la II Guerra Mundial se cuenta en Rusia de acuerdo con unos parámetros muy concretos. Para empezar al conflicto en que intervino la URSS no se le llama la II Guerra Mundial, sino que es la *Velikaya Otéchstvennaya Voyná*, la Gran Guerra Patriótica, y esta empezó en junio de 1941, no en septiembre de 1939. La participación de personal militar soviético en la Guerra Civil española y en las filas del ejército chino en su guerra contra Japón (que en este caso se extendió desde octubre de 1937 a septiembre de 1939), pese a que demuestran a las claras la voluntad soviética de actuar más allá de sus fronteras, no

¹¹ CABALLERO JURADO, Carlos. *La campaña de Rusia, 1941-1945. Nuevas perspectivas*. Galland Books. Valladolid, 2017.

se incluyen. Tampoco operaciones militares tan importantes como los combates de la zona del Lago Jasán (en la frontera de Manchuria Occidental con la Provincia de Extremo Oriente de Rusia), en 1938, y sobre todo las de Jalkin Gol (en la frontera de Manchuria Oriental con Mongolia) en 1939, en ambos casos contra los japoneses son incluidos como parte de la Gran Guerra Patriótica. La participación del Ejército Rojo en la guerra contra Polonia, apuñalando por la espalda al ejército polaco que se batía contra los alemanes en septiembre de 1939 es bautizada como “campañas de liberación de la Ucrania y la Bielorrusia Occidentales”. Los alemanes habían empezado la II Guerra Mundial justamente con su ataque a Polonia ese mes, pero de creer a los autores soviéticos, su Ejército estaba haciendo algo distinto. La llamada “Guerra de Invierno” contra Finlandia (noviembre de 1939-marzo de 1940), una brutal agresión de un gigantesco Goliat contra un diminuto David, aparte de ser presentada como una campaña defensiva, tampoco se considera parte de la Gran Guerra Patriótica. Tampoco las incruentas operaciones militares para invadir Estonia, Letonia y Lituania y para arrebatar a Rumania las regiones de Besarabia y Bukovina. La URSS había invadido con su Ejército Rojo seis estados vecinos, de manera total (Estonia, Letonia y Lituania) o parcial (Polonia, Finlandia y Rumania), pero según sus líderes aquello no eran ataques, sino operaciones defensivas. La Gran Guerra Patriótica, en resumen, es la gigantesca batalla librada entre el III Reich y la URSS, desde junio de 1941 a mayo de 1945, más la corta campaña soviética contra Japón del verano de 1945. Si no existe dudas sobre quien venció, sí que es legítimo preguntarse por qué el Ejército Rojo le ganó a la *Wehrmacht*. A los norteamericanos y británicos se les llenó la boca durante décadas asegurando que fue gracias a la inmensa ayuda militar y soviética que facilitaron a Stalin. Los soviéticos la vieron como la demostración evidente de la superioridad del comunismo sobre el fascismo. La URSS se habría dotado de más y mejores armas que la Alemania nazi, y habría puesto en práctica una doctrina militar más eficiente, porque encarnaba el progreso de la humanidad. Teorías hay para todos los gustos, pero lo que nadie podía poner en duda era que en el Frente del Este se habían librado las mayores batallas y se habían registrado las mayores bajas. Nadie duda que el Ejército Rojo (incluyo en este concepto a la Armada y la Fuerza Aérea) y la *Wehrmacht* fueron las fuerzas militares que más bajas encajaron, y con las poblaciones civiles de la URSS y Alemania pasó lo mismo. Recurriré al método más sencillo a día de hoy, una consulta a la Wikipedia.

En la que he realizado, da como bajas militares soviéticas la cifra de 9.360.000, mientras que las del III Reich (Alemania y Austria) serían 3.533.000¹². Aunque tres cuartas partes de estas últimas tuvieron lugar en el Frente del Este, no podemos olvidar que los alemanes libraron esta guerra contra una coalición mundial, en escenarios que iban desde el Ártico hasta el Sahara y en los océanos. La impresión que se obtiene es que la victoria soviética se logró fundamentalmente derrochando vidas de soldados

A título personal, para las bajas soviéticas me remito al estudio más completo que yo he leído, el dirigido por el coronel general e historiador ruso Grigori Krivosheev, que al

¹² Los datos que ofrece Wikipedia proceden de W. van Mourik, *Bilanz des Krieges*, Lekturama, Rotterdam, 1978.

frente de un nutrido grupo de especialistas, elaboró una detallada obra sobre las pérdidas militares de la soviéticas desde la Guerra Civil rusa hasta la Guerra de Afganistán¹³.

Para la Gran Guerra Patriótica, los datos que ofrece el equipo de Krivosheev incluyen al conjunto de las fuerzas armadas regulares, pero también a las tropas dependientes del Comisariado del Interior (NKVD). Como bajas irre recuperables (que incluyen los muertos en acción, desaparecidos de los que no se volvió a tener noticia, prisioneros de guerra muertos en cautividad, muertos a causa de heridas, por enfermedad o por accidente, pero también los casos de suicidio y los de ejecución) computan 8.668.400, pero señalan que hay que tener presentes que hay que tener en cuenta también a los 939.700 que no pudieron ser movilizados por haber quedado en zonas ocupadas por el enemigo hasta que esas regiones se recuperaron para la URSS, y a los 1.836.000 que cayeron prisioneros y no fueron liberados hasta acabar la guerra. Sumando ambas categorías a las bajas irre recuperables antes señaladas, estaríamos ante más de 11 millones de bajas militares.

Las cifras de “bajas recuperables”, esto es la de heridos, accidentados, quemados y congelados (14.685.593) y enfermos (7.641.312) que siguieron vivos son también de vértigo. De estas dos últimas categorías, un total de 2.576.000 quedaron inválidos. Para hacer más comprensible el alcance de las bajas, Krivosheev y su equipo nos contaron en la obra que al empezar la Gran Guerra Patriótica se contaba con 4.826.900 efectivos en las Fuerzas Armadas y 74.900 en las tropas del Comisariado del Interior, y que durante la Gran Guerra Patriótica se movilizó a 29.574.900 más (la cifra no incluye a los miembros del movimiento partisano). Es decir, que por las fuerzas armadas que dirigía Stalin pasaron 34.476.700 seres humanos. Al acabar la guerra continuaban en ellas 12.839.800 efectivos. Los restantes, ya lo hemos visto, habían sido bajas irre recuperables, se les transfirió a la economía cuando ya no podían combatir, etc.

Llaman poderosamente la atención otras dos cifras de las ofrecidas por Krivosheev. Reconoce que 994.300 efectivos fueron sentenciados por los tribunales militares del Ejército Rojo y que de ellos en 1945 aun había 436.600 que estaban purgando sus penas en el sistema penitenciario. Otros muchos habían muerto en combate en las unidades penitenciarias, lanzadas al combate para dar ocasión a los sancionados de “redimirse en combate”. La cifra de los que pasaron por los tribunales militares acusados de deserción fue de 376.300 y -por otra parte- al acabar la guerra eran 212.400 los casos de desertores a los que no se había capturado y habían escapado a la acción de la justicia militar.

El balance final que establece el equipo de Krivosheev, sumando bajas irre recuperables y recuperables, por años, sería este:

Periodo	Bajas irre recuperables	Resto de bajas	Total de bajas
Junio-Diciembre 1941	3.137.673	1.336.147	4.473.820

¹³ KRIVOSHEEV, Grigori F. y otros. *Soviet Casualties and combat losses in the Twentieth Century*. Greenhill Books (Londres) – Stackpole Books (Penssylvania), 1997.

1942	3.258.216	4.111.062	7.569.728
1943	2.312.429	5.545.074	7.857.503
1944	1.763.891	5.114.750	6.878.641
Enero-Mayo 1945	800.847	2.212.690	3.013.507
Campaña contra Japón	12.031	24.425	34.456
Total	11.285.057	18.344.148	29.629.205

Lamento tener que haber aburrido al lector con tan largas series de datos, pero de esta manera podrá entender perfectamente el horror que Nikulin describe en sus páginas. No, sus palabras no son literatura sensiblera. Describen perfectamente la experiencia real del soldado soviético. Si en 1941 las bajas mensuales totales soviéticas eran de casi 750.000 efectivos, en 1945 seguían siendo todavía de más de 600.000, ¡eso cuando Alemania ya estaba de rodillas y asediada por ejércitos llegados de todo el mundo a cada una de sus fronteras! En la última gran operación soviética, la ofensiva sobre Berlín, Krivosheev afirma que se lanzaron al ataque 1.906.200 efectivos, encuadrados en el 1º y 2º Frentes Bielorrusos y el 1º Frente Ucraniano, con 20 Cuerpos de Ejército soviéticos. Las bajas irre recuperables fueron 78.291 efectivos, y el total de bajas ascendió a 352.475. La operación se extendió desde el 16 de abril al 8 de mayo de 1945, por lo que los hombres de Stalin estuvieron encajando 15.325 bajas al día. ¿Qué significa esto?

A efectos comparativos, en la batalla de defensa estratégica de Stalingrado (17 de julio a 18 de noviembre de 1942), la ratio diaria de bajas totales para las fuerzas soviéticas fue de 5.151 combatientes, y en la ofensiva estratégica de Stalingrado (19 noviembre 1942 a 2 de febrero de 1943) esa misma ratio diaria fue de 6.392 bajas. Dicho de otra manera: para obtener una victoria en Berlín, que ya estaba cantada, puesto que Alemania iba a ser derrotada inevitablemente, Stalin estuvo dispuesto a pagar un precio elevadísimo en bajas. No eran las vidas humanas lo que le preocupaba. Que la bandera de la hoz y el martillo ondeara sobre el Reichstag: esa era su obsesión, y si para ello sus soldados tenían que soportar una de las ratios de bajas diarias de toda la guerra, ¿qué más le daba a él? Ni a él, ni a su élite militar, todo hay que decirlo. El antes citado mariscal Sokolovsky tiene en su hoja de servicios el hecho de haber sido uno de los planificadores y ejecutores de la batalla de Berlín, donde la ratio diaria de bajas alcanzó la cifra indicada, que ya nos demuestra su valoración de la vida humana. Pues bien, en su obra citada, tiene un exhaustivo capítulo titulado “*La estrategia militar soviética durante la Gran Guerra Patriótica (1941-1945)*”¹⁴. En él, apenas empezado, afirmaba Sokolovsky con énfasis que “*El progreso continuo del arte militar soviético fue resultado natural de la superioridad de nuestro sistema socialista, que aseguraba la rápida movilización de todas las fuerzas de la nación para repeler al enemigo, y del perfeccionamiento sistemático de la cantidad de equipos técnicos de nuestras fuerzas armadas. Fue así como, a comienzos de 1945, el*

¹⁴ SOKOLOVSKY. Op. Cit. Pág. 193 y sigs.

ejército en campaña poseía una vez y media más fusiles y carabinas que en diciembre de 1941; tres veces más subfusiles; ocho veces más carros de combate y piezas de artillería autopropulsadas; y cinco veces más aviones de combate”. Con la característica pasión soviética por las estadísticas, este capítulo estaba plagado de ellas. Una de estas series de datos reflejaba la cantidad de efectivos y armamento implicados en las distintas ofensivas estratégicas del periodo 1941-1945, expresada en índices, y siendo el índice 100 usado como referencia el de los datos referidos a la contraofensiva de Moscú, a fines de 1941 y principios de 1942. Pues bien, en la ofensiva sobre Berlín en número de divisiones empleadas el índice había subido hasta 179, el de efectivos humanos hasta 227, el de cañones y morteros hasta 520, el de aviones hasta 666 y el de carros de combate y cañones autopropulsados hasta 894. Pero Sokolovsky no decía ni una palabra sobre la ratio de bajas diarias. De hecho, entre las numerosas cifras que acompañan este capítulo, de todo tipo, hay unas que están completamente ausentes: las cifras de bajas propias. De creer a este estafador intelectual, que había mandado a cantidades incalculables de soldados soviéticos a la muerte, la victoria sobre el III Reich parecía haberse obtenido solo gracias al material y a las doctrinas soviéticas.

Como la industria soviética ya tenía una vasta experiencia en producir armas (suministrar bienes de consumo al sufrido pueblo soviético nunca fue una prioridad), entre 1941 y 1945 se fabricaron cantidades ingentes de armas. Krivosheev nos da también cifras: 98.300 tanques y cañones autopropulsados, 525.200 bocas de fuego de calibre superior a los 50 mm, 101.200 aviones de combate.

Pero las pérdidas de material también fueron de vértigo. De las 84.100 piezas de 76 mm que sirvieron en la guerra, se perdieron 44.000 (un 52%). Causaron baja un 49 % de los morteros de 82 mm (el arma más usual en esa categoría, de los que estuvieron en servicio 152.300 ejemplares), y un 73'3% de los 131.700 vehículos acorazados de cadenas (tanques y cañones autopropulsados medios, ligeros y pesados). La victoria sobre el III Reich no se obtuvo por la genialidad de Stalin y sus generales, ni por las brillantes doctrinas militares, ni por el armamento -abundante y del mejor nivel- sino usando a los seres humanos como auténtica carne de cañón. Es exactamente lo que Nikulin nos muestra en sus memorias de la guerra.

En 1946 Stalin dijo que las pérdidas soviéticas en la Gran Guerra Patriótica habían sido de siete millones de vidas, algo que en realidad nadie creyó. La verdad era que, indiscutiblemente Stalin había vencido, pero nada había ocurrido como él había proyectado. Militarmente había estado a punto de ser derrotado, y solo los ominosos errores políticos del III Reich en su política de ocupación en territorio soviético le dieron ocasión a organizar la recuperación. Por mucho que se recuperara inmediatamente el culto a la Madre Patria Rusa e incluso tradiciones militares zaristas, y la propaganda repitiera hasta la saciedad que todo el pueblo soviético se apiñó tras sus líder, la verdad es que en ninguna parte de la Europa que llegaron a ocupar encontraron los alemanes tantos colaboracionistas. Sí, existió un fuerte movimiento partisano en la retaguardia alemana, pero este no fue una creación espontánea del pueblo, sino una organización dirigida por el Partido Comunista y que desde el principio no tuvo como objetivo dañar militarmente al ocupante, sino hacer sentir a la población de las regiones ocupadas que el poder soviético seguía allí, vigilante, represor. Fueron los ciudadanos soviéticos opuestos al

comunismo, y no los soldados alemanes, los primeros y principales enemigos de los partisanos. La guerra partisana fue en gran medida una reedición de la Guerra Civil. Y si es indiscutible que una parte sustancial de la población soviética apoyó en definitiva a Stalin, no podemos ocultar que durante la supuesta Gran Guerra “Patriótica”, centenares de miles de ciudadanos de la URSS no dudaron en vestir los uniformes de la *Wehrmacht*. Y entre ellos encontramos muchos de nacionalidades no rusas (desde tártaros del Volga a estonios, pasando por georgianos y ucranianos), pero también a una increíble cantidad de rusos, de manera que quien personifica esta disposición de ciudadanos soviéticos a colaborar con los alemanes es justamente un ruso, Vlasov, que había sido general en el Ejército Rojo.

La realidad de la Gran Guerra Patriótica quedó sepultada bajo montañas de propaganda, de mentiras puras y duras. Quizás el ejemplo más elocuente sea el del culto a los francotiradores soviéticos, una artimaña propagandista que ha llegado hasta nuestros días con sorprendente frescura. Durante meses y meses, durante años en realidad, la *Wehrmacht* vapuleó una vez tras otra al Ejército Rojo. Incluso a principios de 1943 le causaba devastadoras derrotas en operaciones estratégicas muy ambiciosas lanzadas por orden de Stalin (y que eran borradas como tales operaciones de los archivos, rebajándolas al nivel de modestos combates de alcance local). Pero, ¿se hablaba de eso, o de las míticas hazañas de unos francotiradores que, según parece, eran capaces de poner fuera de juego, uno tras otro, a centenares de soldados alemanes? La mentira organizada en torno a ellos era inmensa, como la había sido la de las proezas de productividad del minero Aleksei Stajanov, de quien llegó a afirmarse que en una sola jornada (el 9 de septiembre de 1937) había llegado a extraer 227 toneladas de carbón. Llevaba tiempo, se dijo, sacando más de 100 toneladas al día, cuando la cifra máxima que lograban sus compañeros no llegaba a cifras de dos dígitos. Parece mentira, pero una mentira tan grosera se creyó durante décadas. Pasa lo mismo con los famosos francotiradores rusos: de haber sido tan eficaces como se nos cuenta liquidando alemanes, la verdad es que Stalin podía haber licenciado al resto del Ejército Rojo. Mientras que los generales soviéticos, manejando recursos humanos y materiales inmensos, acumulaban derrotas, se ocultaba a las masas esa realidad mostrando a sencillos soldados soviéticos que abatían soldados enemigos como si estuvieran disparando en una caseta de feria. Este es el gran problema de la historia tal como nos la han contado las fuentes soviéticas: las capas y capas de mentiras que ocultan por completo la realidad.

Y muchas de esas mentiras tenían como objeto ocultar el sufrimiento espantoso de los pueblos de la URSS. Porque lo único importante era obtener la victoria. En este sentido, los dos grandes contendientes, Hitler y Stalin, tenían una perspectiva muy distinta. Para el primero y sus seguidores, el Ejército alemán no había sido derrotado en los campos de batalla de la I Guerra Mundial, sino que la revolución que había estallado en Alemania lo había “apuñalado por la espalda”. Los revolucionarios habrían usado el descontento de las masas por las duras condiciones de vida impuestas por la guerra para alcanzar su propósito. Para evitar la repetición de los hechos era muy importante mantener las mayores cotas de bienestar material entre los civiles alemanes, que en realidad no empezaron a padecer la guerra hasta 1943. La economía seguía teniendo un importante segmento dedicado al consumo civil. Increíblemente, la economía de guerra alemana no

se movilizó hasta esas fechas y en 1944 producía muchísimo más armamento que en 1940. En cambio Stalin tenía otra visión de la historia: sabía muy bien que el colapso del zarismo solo se debió a las derrotas militares en el marco de la I Guerra Mundial. La derrota fue la madre de la “Revolución de Octubre”. Y nunca quiso que al régimen comunista le sucediera algo similar. Por eso ya en los años 1920 decidió un rearme masivo, y por eso, ya en el marco de la Gran Guerra Patriótica, como resultó que ni siquiera los inmensos arsenales le daban la victoria, recurrió a sacrificar la vida de millones de soldados, mientras que imponía a su población civil unas condiciones de vida que causan espanto.

Durante mucho tiempo no se quiso exponer la cruda realidad de las bajas en que había incurrido la URSS para vencer al III Reich. Lo había hecho –se decía– porque encarnaba a unos principios políticos, sociales, económicos, superiores. El comunismo era mejor en todo, también haciendo la guerra. Pero la realidad se empeñaba –como ha hecho siempre– en desmontar las mentiras marxistas. Es cierto que tras la victoria soviética el comunismo se implantó en otras partes importantes del mundo, como fue el caso de China. Pero el “capitalismo” se negaba a desaparecer. Y eso que, según Marx, cuanto más se desarrollaran las fuerzas productivas en esos países capitalistas, más se acercaría el triunfo inevitable del comunismo. Sin embargo, en los “países capitalistas avanzados” el comunismo no tenía atractivo ninguno para el pueblo, y naciones como Estados Unidos, Reino Unido o Alemania, donde el puro desarrollo histórico hubiera debido provocar el triunfo del comunismo, estaban muy lejos de cumplir esa profecía. De hecho, la forma de expandir el comunismo había sido encaramándolos sobre las corazas de los tanques soviéticos, avanzando al paso de las bayonetas de los soldados del Ejército Rojo. Y para sorpresa de esos soldados, en ninguna nación de Europa les esperaban masas populares para aclamarles, sino más bien todo lo contrario. Es más, en los países de Europa Oriental que fueron “liberados”, los sencillos soldados soviéticos contemplaron estupefactos que las masas populares supuestamente oprimidas tenían un nivel de vida muy superior al suyo. No es extraño: se trataba de países que no se habían dedicado exclusivamente a generar arsenales, sino que habían procurado atender las necesidades de sus habitantes. Aunque la propaganda siguiera insistiendo en la inevitable victoria mundial del comunismo, en realidad en la URSS ya nadie creía en ello. Continuar hablando de un paraíso comunista que todo el mundo sabía que jamás se materializaría era algo absurdo. La elite política soviética necesitaba otro elemento legitimador de su poder, y de la existencia del engendro que se conocía como Unión Soviética. Y lo necesitaba de manera especial la parte rusa de esa sociedad.

El siglo XX ruso no podía ser más nefasto. En 1905, se produjo la vergonzosa derrota militar ante el liliputiense Japón, seguida de una revolución que quedó en nada. En 1914, para recuperar el orgullo herido, Rusia se lanzó a la guerra contra Alemania, convencida de que siendo aliada de las grandes potencias occidentales, Gran Bretaña y Francia, no podía ser derrotada. Pero lo fue, y ominosamente. Y ese fracaso fue seguido de la implantación de la brutal dictadura de Lenin, y de una Guerra Civil que causó más muertes y destrucción que las registradas en la I Guerra Mundial. Y después llegó Stalin, un dictador tan brutal que a su muerte, su sucesor, Kruschev (pese a tener sus manos también manchadas de sangre) tuvo que condenar sus crímenes. Pero ni siquiera entonces

el comunismo se demostró capaz de generar una sociedad mínimamente apetecible, pues sus únicos logros reales eran la Miseria, la Mentira y el Terror.

Cuando en 1961 se levantó el Muro de Berlín, el comunismo certificó su muerte como ideología atractiva para las masas. Nadie salía de su opresivo país capitalista para correr a los paraísos comunistas, sino que ocurría justamente al contrario. Había que “cambiar el relato”. Si la implantación del comunismo ya no le interesaba a nadie, había que enfatizar ahora en la derrota del fascismo, del nazismo para ser más exactos, como nuevo elemento legitimador. Y, en ese nuevo paradigma, hablar de los sacrificios humanos realizados para obtener esa victoria era lo más acertado.

En 1965 y con motivo de la aparición el sexto y último volumen de la “*Historia de la Gran Guerra Patriótica de la Unión Soviética*”, versión oficial y canónica del conflicto redactada por historiadores soviéticos, el mariscal Koniev, llegó a afirmar que mientras él y los demás comandantes militares que habían dirigido al Ejército Rojo en campaña no se publicarían cifras de bajas en las operaciones. Cabe suponer que no quería empañar su “gloria” con la sangre de los cientos de miles de hombres que murieron a sus órdenes. Sin embargo, la URSS había empezado a darse cuenta que hablar de sus bajas en el conflicto contra Alemania servía para rentabilizarlas, y ese mismo año en la conmemoración del 20º Aniversario de la Victoria sobre la Alemania Nazi se afirmó que la URSS la había obtenido pagando con la vida de 10 millones de sus soldados. Desde principios de esa década, el liderazgo soviético no dudaba en subrayar el inmenso sacrificio hecho por su estado para acabar con Hitler. Nikita Krushev, que había sucedido a Stalin en 1953 y llevó las riendas del país hasta 1964 afirmaba cada vez que podía que la URSS había tenido que pagar más de 20 millones de muertos –civiles y militares- para obtener su victoria sobre la *Wehrmacht*, así que el mundo debía estarle más que agradecida a la URSS. Y eso que Krushev todavía fue de los que creía que el triunfo del socialismo era inevitable e inminente. Mientras vivió Stalin, la gran celebración soviética fue la conmemoración de la “Gran Revolución de Octubre”, y así se mantuvo con Krushev, quien se hizo famoso con su profecía dirigida a los países occidentales capitalistas: “os enterraremos”, el comunismo no solo iba a alcanzar sino incluso a superar a los países occidentales en cotas de bienestar y prosperidad. Algo que como todos sabemos jamás se produjo. Si el comunismo era una quimera, ¿Qué sentido tenía conmemorar la “revolución” que lo implantó?

Fue Leonid Brezhnev, el más duradero de los dirigentes soviéticos poststalinistas (al frente de la URSS desde 1964 a 1982), quien comprendió plenamente que había que cambiar de “mito legitimador”, y la conmemoración de la “Gran Revolución de Octubre” fue perdiendo importancia a favor de la consagrada a la “Victoria sobre el Nazismo”. Ni corto ni perezoso, a pesar de que en la “Gran Guerra Patriótica” no había sido más que un comisario político con rango equivalente a coronel, Brezhnev se hizo conceder grados militares, hasta “ascender” a mariscal, en 1976. En la propaganda soviética se ensalzaba tanto su papel en la Gran Guerra Patriótica que parecía que la había ganado él solito. Como con Lenin y Stalin, con Brezhnev se asiste a un culto a la personalidad enfermizo. El que sin duda es el mayor éxito de producción soviético es la fabricación de estatuas de Lenin y Stalin. Decenas de miles de ellas llenaron cada espacio de la antigua URSS. Brezhnev no llegó a eso, pero puesto que ahora la Gran Guerra Patriótica iba a ser el

elemento legitimador, su biografía fue deformada hasta extremos inconcebibles y en los relatos escritos en su largo periodo de gobierno su genialidad militar y heroísmo superaban a los del mismo mariscal Zhukov. Nada extraño, en realidad mentira y comunismo son como uña y carne.

Pero no es sobre la mentira como se construye nada sólido, así que el largo periodo de gobierno de Brezhnev no arregló ninguno de los problemas de la URSS. Tampoco pudieron desmontar tantos años de patrañas sus fugaces sucesores, Andropov, Chernenko y Gorbachov. La caída del comunismo en la URSS generó abrió una ventana de oportunidad. Parecía llegado el momento de demoler el edificio de mentiras que se había construido durante décadas de comunismo. Eso debía haber afectado también a la visión de la Gran Guerra Patriótica.

Durante algún tiempo se abrieron los archivos mantenidos en secreto a todos los investigadores. Aparecieron libros estupendos, que socavaban los mitos fundacionales del régimen soviético, como el de Volkogónov, que echaban por tierra uno de los más arraigados: el de que Lenin había sido un revolucionario bueno y justiciero, cuya obra había sido pervertida por Stalin. En realidad, como demostró Volkogónov, Stalin no es más que un continuador de las monstruosas políticas leninistas de persecución y represión, y el creador de la todopoderosa policía política, de los campos de concentración, etc., era Lenin¹⁵.

Se llegaron a dictar leyes que permitían la rehabilitación de los “Rusos Blancos”, se reconoció a las víctimas de la represión política (aunque en ningún momento se tomaron medidas contra quienes la habían ejecutado, que en muchos casos estaban vivos). Temas que habían sido tabú, como el pacto secreto entre la URSS y el III Reich para repartirse la Europa Oriental pudieron ser debatidos. Las víctimas del stalinismo que habían sobrevivido, sus descendientes, sus defensores, pudieron crear una potente organización para honrarlas, “Memorial”. Soljenitsin pudo regresar a su Patria.

A nivel gubernamental hubo algún tímido intento para crear una nueva narrativa nacional y, por ejemplo, una superproducción cinematográfica recordó la expulsión de los polacos de Moscú allá por los principios del siglo XVII. Se quiso arrancar de ahí, pero no funcionó. El único hecho del que los rusos podían alardear en su trágico siglo XX era el de haber sido decisivos en la victoria sobre la Alemania Nazi, así que este tema siguió estando omnipresente y las publicaciones sobre él se multiplicaban. Debía quedar muy claro lo que la Humanidad “debía” a los rusos. Sumando las bajas civiles a las militares, algunas de esas publicaciones afirmaron que el total de soviéticos muertos durante la Gran Guerra Patriótica había ascendido hasta 27, e incluso hasta 30 millones de seres.

Sin embargo, el énfasis en el terrible coste en vidas que la URSS había aguantado acabó generando una sospecha. Los Aliados Occidentales habían tenido muchas menos bajas militares, eso todo el mundo lo sabía, pero lo llamativo es que la misma Alemania –la derrotada- había tenido menos bajas en sus fuerzas armadas que el Ejército Rojo. ¿No se debería esto a que los mandos soviéticos fueron, en definitiva, unos incompetentes, dispuestos a sacrificar a sus hombres en masa? ¿No había cometido el liderazgo soviético errores imperdonables que habían pagado con su vida millones de ciudadanos de la URSS

¹⁵ VOLKOGÓNOV, Dimitri. *El verdadero Lenin*. Anaya & Mario Muchnik, Barcelona, 1996.

en su forma de conducir el conflicto? Una pregunta que, desde luego, nadie se atrevía a formular en público, pues en la URSS –y ahora en el principal de sus estados sucesores, Rusia- la "Gran Guerra Patria" ha sido elevada al rango de mito fundacional y solo se toleraba la versión oficial sobre ella. El "culto" a la Gran Guerra Patriótica servía, por otra parte, para ocultar bajo una densa nube de humo propagandístico un aspecto ominoso, pero decisivo: el del régimen de terror impuesto por Lenin y Stalin. Así que la nueva Rusia postcomunista decidió seguir por el camino ya abierto de exaltar la Gran Guerra Patriótica y –literalmente- "echó la casa por la ventana", para celebrar en el 2005 el 60º Aniversario de la Victoria.

En 2007 ocurrió un hecho relativamente insignificante en el marco de estos grandes debates: un veterano ruso de la Segunda Guerra Mundial, atormentado desde hacía tiempo por la experiencia que tuvo que vivir, puso accidentalmente a disposición del público el manuscrito de sus memorias, un texto en realidad que había escrito para sí mismo. El manuscrito, como dijo el propio escritor, cobró vida propia, con lo que no le quedó nada más que permitir su publicación. El autor se llamaba Nikolai Nikulin.

Fue un valiente soldado –aunque nada entusiasta de la vida militar- que, en el curso de la Gran Guerra Patriótica fue condecorado con la Orden de la Estrella Roja, la Orden de la Guerra Patriótica de 1ª Clase, y las Medallas "Al Valor", "A la defensa de Leningrado", "De la liberación de Varsovia", "A la captura de Berlín" y "Por la Victoria sobre Alemania en la Gran Guerra Patriótica". Pero no era por eso por lo que se le conocía, desde luego. Se trataba de un historiador del arte, que trabajó en museos, y que en ese mundo tuvo bastante éxito. Si el lector busca su nombre en Internet lo que encontrará de él versa sobre pintura germana, austriaca y holandesa. De hecho, incluso, ahora se pueden comprar en inglés algunas de sus obras sobre historia de la pintura.

Pero finalmente no va a ser por esas obras por las que se le recuerde. Habiendo pasado por batallas feroces, incluso en comparación con otras zonas del Frente Oriental, Nikulin sobrevivió, aunque al igual que la mayoría absoluta de los auténticos veteranos de guerra, sólo deseaba poder olvidarlo todo. Pero finalmente decidió que debía escribir sus recuerdos y hasta darlos a conocer. Para él, fue un método de autoterapia.

Pero era muy difícil que otros se atrevieran a dar un paso así. Algún tiempo atrás, un autor muy crítico con el pasado soviético, como Yuri Afanasiev, había reflexionado sobre los problemas de la "Memoria Histórica" en relación con la Gran Guerra Patriótica¹⁶, concluyendo que era virtualmente imposible enfrentarse a las verdades oficialmente proclamadas y machaconamente repetidas durante décadas: *"No cabe duda de que es difícil renunciar a los cómodos clichés históricos. Son demasiado los destinos personales involucrados en ellos, muchas las reminiscencias de juventud, mucho el dolor de las pérdidas. Un sello indeleble de sacralidad sigue marcando gran cantidad de hechos: millones de personas defendían a muerte el hogar de sus mayores, sus seres queridos, su patria; una tierra mutilada, destrucciones nunca vistas anteriormente, decenas de millones de muertos. Cualquier interpretación negativa de estos hechos, aun la más*

¹⁶ AFANÁSIEV, Yuri N. "La otra guerra: historia y memoria soviética ante la «Gran Guerra Patriótica». *Ayer* (publicación de la Asociación de Historia Contemporánea), N.º. 22 (*La HISTORIA en el 95*), 1996, págs. 27-43.

argumentada, puede herir -y hiere- lo estrictamente personal, la memoria individual, la memoria histórica. Pero aún con todo ello, no podemos, no debemos y simplemente no tenemos derecho a seguir siendo prisioneros de conciencia consuetudinaria que no pretende buscar la verdad histórica. De esto precisamente quería yo hablar: no puedo celebrar este aniversario con alegría y la conciencia tranquila, por más que mi vida, como la de todos mis compatriotas, se viera truncada por la Gran Guerra Patria”.

Se comprende así la extraordinaria valentía de que hizo gala Nikulin al dar a conocer sus memorias. Con una clarividencia que sorprende, Nikulin nos dice que su obra solo es un apunte, y que la historia real de los soldados soviéticos en la Gran Guerra Patriótica precisaría de un hombre de la talla de un Soljenitsin, que con tanta exactitud supo reflejar la ignominia del GULAG. Nikulin, por su parte, dejará muy claro que no pretende que su descripción sea la única y verdadera de los acontecimientos ocurridos entre 1941 y 1945 y el propio escritor desaconsejaba calificarlo de objetivo. Su perspectiva es personal. Muestra la guerra al desnudo, las experiencias de personas normales que se vieron atrapadas en su torbellino. Nos retrata a un niño asustado que acabó solo y simplemente tuvo que sobrevivir. Pero también denuncia una y otra vez como decenas de miles de hombres eran lanzados al matadero para cumplir órdenes absurdas, dadas por Stalin, y acatadas por miles de mandos subordinados. Muestra la incompetencia, la brutalidad, el cinismo, la corrupción, del Ejército Rojo. Denuncia, en suma, que se obtuviera la victoria por el expeditivo método de mandar a la muerte sin contemplaciones a millones de soldados soviéticos. Y también denuncia como ese mismo Ejército Rojo actuó con extraordinaria brutalidad contra los civiles enemigos, en especial contra las mujeres alemanas. La imagen de un Ejército Rojo que era modelo de virtudes patrióticas y militares se rompe por mil lados con el retrato que de él hace Nikulin. Y que otros muchos centenares de miles de exsoldados soviéticos hubieran hecho de no haber durado hasta 1991 la dictadura comunista (que impedía publicar cualquier libro que no obedeciera al canon).

Los caídos soviéticos en la guerra fueron víctimas de las balas alemanas. En gran parte de los casos, era algo inevitable, dado que era una guerra. En muchísimos casos, sin embargo, fueron víctimas de la política que se siguió contra los prisioneros de guerra soviéticos por parte de las autoridades nazis. Su muerte no fue en acción de guerra, sino debido a las condiciones que se les aplicaron en cautiverio, y que deben catalogarse como un crimen. Un crimen de proporciones colosales; mediante malos tratos, falta de asistencia médica y alimentación, alojamientos inadecuados etc., sin olvidar las ejecuciones masivas, se segó la vida de centenares de miles de soldados que se habían rendido y que, por tanto, tenían todo el derecho del mundo a que sus captores les aplicaran las normas de Derecho Internacional sobre prisioneros de guerra.

Pero no podemos seguir ignorando que Stalin y sus mandos militares también son responsables de muchísimas muertes de soldados soviéticos. Se les sacrificó de manera innecesaria, como se había sacrificado sin necesidad objetiva alguna a los campesinos “deskulakizados”, a los campesinos que murieron en el “Holodomor”, y a las víctimas de las purgas stalinistas de 1937 y años siguientes. ¿Se contará alguna vez esta historia en toda su profundidad y extensión?

Apenas dos años después de la aparición del libro de Nikulin, en mayo de 2009, se presentaba en la en la *Duma* un proyecto de ley para reprimir cualquier presentación “falsa” de la Gran Guerra Patriótica. Muy hábilmente, el texto se refería a las decisiones del Tribunal Militar Internacional de Núremberg, y no a planteamientos específicamente rusos. Recordemos que, en Núremberg, los acuerdos secretos para el reparto de Polonia entre la URSS y el III Reich no fueron contemplados como auténticos, y los asesinatos masivos de oficiales polacos en Katyn fueron catalogados explícitamente como un “crimen nazi”. Se consideraba punible de acuerdo con ese proyecto de ley “cualquier intento de declarar como criminales a los miembros de la coalición antihitleriana”, lo que sonaba muy aséptico, pero que tenía que ver con el hecho de que para entonces muchos acusaban a las autoridades soviéticas de la II Guerra Mundial de ser tan criminales como Hitler. Argumentar, como de manera tan convincente hizo Víktor Suvorov, que en realidad el Ejército Rojo estaba a punto de atacar a la *Wehrmacht* en el momento en que esta se lanzó contra la Unión Soviética se convirtió en la encarnación del Mal Absoluto, y como la tesis estaban debidamente documentada se recurrió al expeditivo sistema de negarse a debatir el contenido de “El Rompehielos”, pues tal era el título de este profundamente revelador ensayo¹⁷. Escribir –por ejemplo- sobre los centenares de miles de ciudadanos soviéticos (incluyendo muchísimos rusos) que lucharon en las filas de la *Wehrmacht* pasó a ser “inconveniente”; denunciar hasta qué extremo se explotó a una mano de obra reducida virtualmente a la esclavitud, también; ni que decir tiene que recordar la estrecha colaboración militar y económica entre Alemania y la URSS vuelve a ser un tema tabú, etc.

La ley fue promulgada finalmente el 1 de julio de 2021, y prohíbe y sanciona «equiparar los fines, decisiones y acciones de la dirección soviética con los de la Alemania nazi», así como «negar el papel decisivo del pueblo soviético en la derrota del fascismo». Una nueva ley, de 2014, para “combatir el nazismo” (presentación de aua fines que la protege de toda crítica internacional), castiga con años de cárcel a todo aquel que difunda “intencionadamente información falsa sobre las actividades de la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial” y a quienes se atrevan a “profanar símbolo alguno de la gloria militar de Rusia”.

Pero no se trata solo de disposiciones legislativas. Los medios de comunicación de masas se dedican a exaltar la Gran Guerra Patriótica con tanto énfasis que se diría que acabó ayer. Cada 9 de mayo, los canales de TC rusos emiten auténticos maratones de películas sobre la Gran Guerra Patriótica. Tienen material para ello, ya que durante la existencia de la URSS, sus cineastas convirtieron el tema de esa guerra en la versión local de los *Westerns* de Hollywood: produjeron centenares de ellos. Y a ellos se añaden nuevos títulos, que aparecen constantemente, hasta el punto de que nos parece encontrarnos con lo que ya vimos para finales de los años 1930: una apoteosis del cine belicista. Igor Barrenechea ha señalado los principales hitos de esta nueva oleada cinematográfica: “*Señal de socorro* (Nikolay Lebedev 2002); *Stalingrad / Stalingrado* (Fedor Bondarchuk 2013); *Nesokrushimyy / KV-1: alma de hierro* (Konstantin Maximov 2018); *T-34* (Aleksey

¹⁷ SUVOROV, Víktor. *El Rompehielos. ¿Quién empezó realmente la Segunda Guerra Mundial?* Editorial Planeta, Barcelona, 2015.

*Sidorov 2019); Rzhev / 1942: La gran ofensiva (Igor Kopylov 2019); Spasti Leningrad / La batalla de Leningrado (Aleksy Kozlov 2019); o Podolskiye kursanty / La última frontera (Vadim Shmelyov 2020), entre otras*¹⁸.

Alguna de las películas que se han hecho en los últimos años se basan en mentiras ya denunciadas. El caso más notable es la basada en la leyenda de “los hombres de Panfilov”, una pequeña partida de soldados rusos y kazajos, que habrían sido decisivos a la hora de salvar Moscú. La película “*Los 28 hombres de Panfilov*” (de Andrei Shalopa) se exhibió en 2016. Sobre ella escribe Barrenechea: “*La película se presenta como un hecho ocurrido de verdad. Los títulos de crédito iniciales parecen confirmarlo. Se puede leer: «Los recuerdos de la guerra no solo son dolor y tristeza. Las batallas y los actos de heroísmo son la marca registrada de la victoria». Iván Panfilov. Comandante de la División 316 de infantería». Iván Panfilov fue real. La 316.ª fue real. No así su posterior leyenda. (...) Unos meses antes, en junio de 2015, el director del Archivo Estatal ruso, Sergei Mironenko, había recordado que el hecho de los 28 hombre de Panfilov era un mito (y publicó en línea el informe Afanasyev que lo atestiguaba)*”. El artículo de Barrenechea es un detalladísimo estudio sobre esta película que aborda, como vemos, un relato de que se basa en una completa mentira. Es algo que ya sabíamos, porque tamaña patraña ya había sido desvelada al público español en el 2011 por Chris Bellamy en una estupenda obra sobre la guerra entre la Alemania nazi y la URSS¹⁹. E igual que lo sabe el público español, lo sabe el resto del mundo. Pero da lo mismo. La película no solo se hizo, sino que fue un éxito de público.

A día de hoy, en Rusia actúan comisiones encargadas de vigilar que los libros de texto se someten a las leyes memorialísticas citadas. Se han cerrado los archivos (cuando, si la verdad fuera la que dicen las autoridades, lo que deberían hacer es abrirlos de par en par e invitar a cualquiera a su consulta). La Asociación Memorial, que tanto había hecho para esclarecer los crímenes del stalinismo ha acabado siendo prohibida, acusada de estar a sueldo de intereses extranjeros.

Y, sin embargo, estoy absolutamente convencido de que lo afirmado por Nikulin en sus memorias acabará imponiéndose por encima de la propaganda y las medidas represivas. ¿Por qué? Pues por la sencilla razón que es la única visión de los hechos que permite explicar que un ejército hiperpretrechado, que estaba a la espera de la guerra desde décadas atrás, que tenía a su favor todo, desde las distancias geográficas al clima, pagara sin embargo tan elevado tributo de sangre para obtener una victoria que –en última instancia- tampoco se puede decir que sea únicamente suya.

La forma stalinista de hacer la guerra fue un fracaso y un crimen, como lo habían sido la colectivización de las tierras y las purgas político-militares. Nikulín, con tremenda agudeza, señala que solo el renacer del patriotismo ruso y los colosales errores políticos de los ocupantes alemanes le permitieron a la URSS alzarse con la victoria. Esto ya ha sido afirmado por otros muchísimos autores, desde luego. Pero ningún otro ha denunciado

¹⁸ BARRENECHEA, Igor. “El mito contemporáneo de la Gran Guerra Patriótica en el cine ruso actual”. *Studia Historica. Historia Contemporánea*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, Nº 40, 2022, pp. 287-307

¹⁹ BELLAMY, Chris. *Guerra absoluta*. Ediciones B Barcelona, 2011 (la 1ª edición en inglés es de 2007)

con la claridad de Nikulin cuáles eran las formas de hacer la guerra de Stalin y sus secuaces.

Hay cosas del libro de Nikulin que no comparto, sin embargo. La principal es creer que la barbarie que conformó la manera soviética de hacer la guerra tiene que ver con atavismos de la cultura rusa. Si los crímenes, los errores y los horrores, que han acompañado a la implantación del comunismo se hubieran dado solo en Rusia, le concedería el beneficio de la duda. Pero allí donde se ha impuesto, gracias a un proceso endógeno, o impuesto desde el exterior por un ejército invasor, da lo mismo que sea en Rusia que en China, que en Cuba o que en Corea del Norte, el comunismo ha tenido siempre los mismos rasgos, los mismos efectos.

PRÓLOGO DEL AUTOR

Mis notas no debían publicarse. No eran más que un intento de liberarme del pasado: al igual que en los países occidentales la gente acude a un psicoanalista para exponerle sus problemas, sus preocupaciones, sus secretos, con la esperanza de curarse y encontrar la paz, yo acudí al papel para restregar la suciedad, el barro y la deshonra profundamente arraigados, para liberarme de los recuerdos que me oprimían. Es un intento ciertamente infructuoso, desesperado. Estas notas son profundamente personales, escritas para mí mismo y no para el ojo ajeno, y por tanto extremadamente subjetivas. No pueden ser objetivas porque la guerra fue vivida por mí en edad casi infantil, con total falta de experiencia vital, de conocimiento de las personas, con absoluta falta de reacciones defensivas o de inmunidad a los golpes del destino. No hay en ellas un resumen preciso y coherente de los acontecimientos. No son las memorias que escriben los famosos líderes de guerra, y que llenan las estanterías de nuestras bibliotecas. Las descripciones de batallas y hazañas heroicas se reducen aquí al mínimo posible. Las hazañas y el heroísmo demostrados en la guerra son conocidos por todos y cantados muchas veces.

Sin embargo, las memorias oficiales carecen de la auténtica atmósfera de guerra. Quienes las escriben se desinteresan casi por completo de lo que realmente está viviendo el soldado. Por lo general, las guerras eran concebidas por los menos amenazados por ellas: señores feudales, reyes, ministros, políticos, financieros y generales. En la tranquilidad de los despachos construían planes y luego, cuando todo había terminado, escribían sus recuerdos, glorificando sus valentías y justificando los fracasos. La mayoría de las memorias de guerra elogian la idea de la propia guerra y, por tanto, crean los cimientos de nuevos planes militares. El que paga por todo esto muere en el campo de batalla mientras pone en práctica las intenciones de los generales; el que no necesita la guerra de ninguna manera generalmente no escribe memorias.

Aquí he intentado contar lo que pensaba, lo que más me asombraba y con lo que viví durante cuatro largos años de guerra. Repito, este relato no es objetivo en absoluto. Mi mirada sobre los acontecimientos de aquellos años no es desde arriba, desde el campanario del general donde todo se ve, sino desde abajo, desde el punto de vista de un soldado, arrastrándome por el fango del frente y, a veces, metiendo las narices en dicho fango. Naturalmente, no he visto mucho y lo que he visto ha sido a mi manera.

Esta postura tiene su interés, ya que abre la puerta a hechos absolutamente desapercibidos, inesperados y, tal vez, con cierta importancia. El sentido de estas notas consiste en parte en fijar algunos trazos casi completamente olvidados de los tiempos de guerra. Sin embargo, el principal es un intento de responder a mis propias preguntas que me torturan y no me dan descanso, a pesar de que la guerra hace tiempo que terminó, y en general, incluso mi vida cerca del comienzo de la cual esta guerra ocurrió, está casi terminada también.

Dado que este manuscrito no era para manos extrañas, puedo evitar disculpas por expresiones y escenas arriesgadas, sin las cuales es imposible describir el auténtico olor de la vida cotidiana del soldado: una atmósfera de cuartel. Sin embargo, si el manuscrito encuentra su lector, que lo perciba no como una obra literaria histórica, sino como un documento, como la declaración de un testigo ocular.

Leningrado, 1975

LA ENTRADA EN LA GUERRA

*La guerra es un pasatiempo digno de hombres de verdad
(Carlos XII, Rey de Suecia)*

*¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios nuestro! ¡Oh, nuestro Dios misericordioso!
¡Sácame de este basurero!*

El inicio

Durante la primavera de 1941 muchos habitantes de Leningrado sintieron la aproximación de la guerra. La gente informada sabía de los preparativos para ella, la gente común se inquietaba por los rumores y cotilleos. Sin embargo, nadie podía suponer que, a los tres meses de la invasión, los alemanes habrían aparecido a las puertas de la ciudad y que, al cabo de medio año, uno de cada tres residentes habría muerto de una muerte terrible por desnutrición. Y mucho menos nosotros, pollos de primavera recién salidos de los muros de la escuela, que no pensábamos en lo que estaba por venir. Sin embargo, la mayoría estaba destinada a morir entre los pantanos que rodeaban Leningrado en el tiempo más próximo. A otros, los pocos que lograron regresar, les esperaba otro destino: quedarse lisiados, sin piernas, sin brazos. O convertirse en neuróticos, alcohólicos, habiendo perdido la tranquilidad para siempre.

La declaración de guerra fue recibida por mí y, por lo que parece, por la mayoría de la gente común no exactamente con indiferencia, sino como una cosa remota, de alguna manera. Escuchábamos la radio, hablábamos. Esperábamos victorias rápidas de nuestro ejército, imbatible y el mejor del mundo, como escribían constantemente en los periódicos. Las batallas se desarrollaban en algún lugar muy lejano. Había menos noticias de ellas que de la guerra en Europa. (sic)